

GRACIÁN Y LA FISIOGNOMÍA

José Enrique LAPLANA GIL

El Acertador que guiaba a los provecos peregrinos por las ya avanzadas páginas de «La Verdad de Parto» (*El Criticón*, III, 3) tenía una clarividente perspicacia para adivinar el «suceso y paradejo» de la vida de los raros personajes con los que topaban los vitandantes. Como ejemplo de tan «extraña habilidad» se nos cuenta que

Toparon, de los primeros, uno de muy mal gesto, y al punto dixo:

—Déste no ay que aguardar buen hecho.

Y no se engañó. De un tuerto pronosticó que no haría cosa a buen ojo, y acertó. A un corcobado le adivinó sus malas inclinaciones, a un coxo los malos pasos en que andava, y a un çurdo sus malas mañas, a un calvo lo pelón, y a un ceceoso lo mal hablado. A todo hombre señalado de la naturaleza señalava él con el dedo, diziéndoles que se guardassen.

Ante tal retahíla de ingeniosidades chistosas a costa de las desgracias ajenas, que hoy censurarían con saña los apóstoles de la corrección política, ni siquiera Romero-Navarro pudo evitar la mueca de desagrado que trasluce la correspondiente nota de su edición.¹ No obstante, la implícita censura moral del editor se mitiga cuando remite a la difundida creencia en la correlación entre determinados rasgos físicos y el carácter del individuo, más que sobradamente documentada en la litera-

¹ «Sobre tema tan antipático, el de las tachas físicas, se recordará que ya ha disertado el autor (I, 9) con esa insensibilidad para la desgracia y el dolor físico que caracteriza a los siglos pasados [...]». B. GRACIÁN, *El Criticón*, ed. crítica y comentada de M. ROMERA-NAVARRO, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1940, tomo III, pp. 91-92, n. 87. Citaré siempre por esta edición. Otros fragmentos similares a éste en que aparecen los defectos físicos en cuadrilla, en «El mal passo del salteo» (I, 10, 301-302), donde encontramos a Andrenio y Critilo intentando descubrir a los crueles salteadores entre los individuos que presentan llamativas deformaciones físicas: «En viendo alguno de mal gesto, que eran los más, sospechavan dél», y en «El palacio sin puertas» (III, 5), donde se cuenta cómo el Desengaño «Traía el espejo cristalino del propio conocimiento muy a mano y plantábasele delante a todos; no gustaba desto el malcarado ni el menos el mascarado, ni el tuerto ni el boquituerto, el cano, el calvo [...]». Otro fragmento aparece en I, 9, pp. 266-267, «Moral anatomía del hombre», si bien esta crisis merece un comentario más amplio, como se verá más abajo.

tura del Siglo de Oro. Esta correlación suele aparecer con una intención generalmente cómica, picando sin ira y desarrollando sin un blanco concreto conceptos más o menos graciosos, aunque muy repetidos, acerca de zurdos que no hacen nada a derechas o no saben dónde tienen la mano derecha, de bizcos de mirar atravesado, de calvos, pelones y romos lujuriosos, de canos teñidos, de terribles pelirrojos, etc.;² pero a veces la repetición de un tópico puede ser cruelmente mordaz cuando se dirige a un individuo concreto, como experimentó en sus carnes corcovadas el dramaturgo Juan Ruiz de Alarcón.³

¿Puede decirse, por lo tanto, que Gracián únicamente intenta resaltar la fealdad de las deformidades para convertirlas en risibles, según recomienda para la comedia la *Poética* aristotélica?⁴ ¿Despacha el jesuita las complejas correspondencias entre el cuerpo y el alma limitándose a repetir unos pocos tópicos vulgares amplia-

² Puede verse a este respecto la temprana recopilación de textos realizada por M. HERRERO GARCÍA en «Los rasgos físicos y el carácter según los textos españoles del siglo XVII», *RFE*, XII (1925), pp. 157-177, donde se hallan numerosos textos muy semejantes al de Gracián. Como ejemplo de lo difundido de estas creencias, al margen de otros textos que veremos más abajo, puede verse la agria y brutal carta de F. CASCALES «contra los bermejos» (*Cartas filológicas*, ed. de J. GARCÍA SORIANO, Madrid, Espasa-Calpe [«Clásicos Castellanos», 117], vol. II, pp. 9-22), donde, junto a otras lindezas contra los pelirrojos, podemos leer: «Es voz del pueblo que las personas señaladas por naturaleza vienen apestadas, y que Dios puso aquellas señales para que nos guardásemos de ellas. [...] El mismo remedio usa naturaleza con los que formó y echa fuera señalados, como el bermejo, el cojo, el mulato, el bizuejo; que estos tales, aunque siempre quieran reformarse, les es casi imposible [...]. Claudio Minos [...] dice que el cuerpo vicioso es imagen de la naturaleza viciosa, y que por esto vemos que el que nace cojo, cojea en alguna parte del ánimo, y el que nace con alguna corcova, que también corcovea después en sus costumbres naturales». Luego menciona al pobre Tersites apaleado por Ulises en la *Iliada* y empieza a recordar fuentes clásicas, cuentecillos, refranes, etimologías y al inevitable bermejo por antonomasia, Judas, para desahogar su cólera por haber sido engañado por un pelirrojo.

³ Véase simplemente el apartado dedicado a «su figura» (corcovado, de barba bermeja, con la señal de una herida en el pulgar de la mano derecha) por A. REYIS en su prólogo a Juan RUIZ DE ALARCÓN, *La verdad sospechosa. Las paredes oyen*, Madrid, Espasa-Calpe («Clásicos Castellanos», 37), 1970^o, pp. XI-XVII; no obstante, al margen de las crueles burlas literarias, tal vez lo más significativo de los prejuicios sociales frente a las deformidades físicas sean los inconvenientes que se ponían a quienes las padecían a la hora de obtener cargos relevantes en la administración. LOPE, en sus polémicas con Alarcón, escribió un cruel alegato contra los marcados por la naturaleza en la dedicatoria de *Los españoles de Flandes* (véase W. F. KING, *Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, México, El Colegio de México, 1989, p. 170). No es de extrañar que ALARCÓN incluyese en *Las paredes oyen* un parlamento como el que sigue: «ANA. Celia, ¡si don Juan tuviera / mejor talle y mejor cara!... / CELIA. Pues ¡cómo! ¿en eso repara / una tan cuerda muger? / En el hombre no has de ver / la hermosura o gentileza: / su hermosura es la nobleza; / su gentileza, el saber. / Lo visible es el tesoro / de moças faltas de seso, / y, las más veces, por esso / topan con un asno de oro» (ed. cit., vv. 1540-1551).

⁴ «La comedia es, como hemos dicho, mimesis de hombres inferiores, pero no en todo el vicio, sino lo risible, que es parte de lo feo; pues lo risible es un defecto y una fealdad sin dolor ni daño, así, sin ir más lejos, la máscara cómica es algo feo y retorcido sin dolor» (*Poética*, V, cito por ARISTÓTELES, HORACIO, *Artes poéticas*, ed. bilingüe de A. GONZÁLEZ, Madrid, Taurus, 1987, p. 54). Es éste uno de los poquísimos fragmentos de la *Poética* donde se habla específicamente de la comedia, y se trata además de un pasaje controvertido que algunos consideran corrupto y que otros estiman como adición posterior a la obra aristotélica. La preceptiva neorristotélica intentó suplir las carencias del texto aristotélico desarrollando el concepto de «lo risible» y estableciendo una tipología y caracterización de «sus causas, sus sedes y sus tipos», labor en la que destacó especialmente el tratado *De Ridiculis* (1550) de Vincenzo Maggi o Vincentius Madius, quien buscó apoyo para desarrollar su tratado en el *De Oratore* de Cicerón. No obstante, la fealdad corporal suele situarse en el escalafón más bajo de las causas que originan lo risible. Sobre todas estas cuestiones, véase M. J. VEGA RAMOS, *La teoría de la «novella» en el siglo XVI. La poética neorristotélica ante el «Decamerón»*, Salamanca, Johannes Cromberger, 1993, pp. 81-93, y «De Ridiculis. La teoría de lo ridículo en la poética del siglo XVI», en J. M^o MAESTRE MAESTRE y J. PASCUAL BAREA (coords.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico* (Simposio celebrado en Alcañiz, 1990), Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz-Instituto de Estudios Turolenses, 1993, pp. 1107-1118.

mente difundidos por la literatura y el refranero, y tan divulgados que hasta los conocían y utilizaban con aviesas intenciones personajes de la talla del gigante Pandafilando de la Fosca Vista, quien, a pesar de tener los ojos en su sitio, «siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por poner miedo y espanto a los que mira» (*Quijote*, I, 30)?⁵

No creo que sea así. Gracián no siempre se limita a acumular tópicos literarios o creencias populares que permitan explicar satisfactoriamente sus textos, sino que en ocasiones establece una serie de correlaciones entre rasgos físicos muy concretos y sus correspondientes caracterizaciones morales que resultaría arbitraria e inexplicable para el lector actual de no examinarse a la luz de la «ciencia» de la que precisamente derivan muchos de estos tópicos vulgarizados por la literatura y el refranero. Esta «ciencia» o «arte» que estudia «la relación del carácter y el aspecto físico de los individuos y especialmente el carácter y los rasgos de la cara», no es otra que la fisiognomía,⁶ a medio camino entre la medicina y la magia natural y también a un paso de la superstición y la astrología eruditas o vulgares.⁷ Pese a que es bien

⁵ Cervantes parece conocer y utilizar, con mucha ironía, la fisiognomía. Véase J. CARO BAROJA, *Historia de la fisiognomía. El rostro y el carácter*, Madrid, Istmo, 1988, pp. 171-172, donde se recuerda la caracterización del bachiller Sansón Carrasco, «carirredondo, de nariz chata y boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y burlas» (*Quijote*, II, 3), además de los clásicos estudios centrados en la complejión y el ingenio de los principales protagonistas del *Quijote* y otros textos de Cervantes, en particular en relación con el *Examen de Ingenios* de Huarte (O. H. GREEN, «El ingenioso hidalgo», *Hispanic Review*, XXV [1957], pp. 175-193; H. WEINRICH, *Das Ingenium Don Quijotes*, Aschendorff, Münster/Westfalen, 1956; Chester S. HALKA, «Don Quijote in the light of Huarte's *Examen de Ingenios*: a re-examination», *Anales Cervantinos*, XIX [1981], pp. 3-13). El tema es amplio y la ironía cervantina constante, ya sea al hablar de los lunares de Dulcinea y de don Quijote (II, 10; I, 30; sobre esta cuestión véase el documentado trabajo de F. DELPERCH: «Les marques de naissance: physiognomie, signature magique et charisme souverain», en A. REDONDO (ed.), *Le corps dans la société espagnole des XVI et XVII siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1990, pp. 27-49), ya sea dejándonos un autorretrato en el «Prólogo al lector» de las *Novelas Ejemplares* (ed. de H. SIEFFER, Madrid, Cátedra, 1985, I, p. 51) que, para cualquier conocedor superficial de la materia fisiognómica, le presenta y caracteriza de modo que no hay más que pedir. Para demostrar esto último, basta con cotejar algunos de los rasgos que Cervantes da de sí mismo con lo que dice un tratado fisiognómico entre tantos otros: el de Ambrosio BONDIA (texto que edité en «Un tratado de fisiognomía de 1650», *Scriptura*, 11 [1996], pp. 141-153, basado fundamentalmente en la obra del jesuita H. NICQUET, *Physiognomia humana*, Lugduni, 1648). Dice Cervantes tener «rostro aguileño» y «la nariz corva, aunque bien proporcionada» (Bondia: «Nariz larga, al extremo corva, puntiaguda, que se dice aguileña, es señal de magnánimos, generosos y reales»); «Toda nariz desproporcionada muestra mal ánimo y peor corazón»; «cabello castaño» (Bondia: «El cabello templadamente negro y blando arguye ingenio»); «frente lisa y desembarazada» (Bondia: «la [frente] dilatada, grande y ancha, y la que toca más en pequeña que en grande con enormidad, arguye grande ingenio y mucha capacidad»); «la frente llana y continua, señal de mucha felicidad y honra»; «de alegres ojos» (Bondia: «Ojos templadamente risueños muestran un ánimo de todas maneras y para todas cosas bueno»); «la boca pequeña» (Bondia: «Boca pequeña, señal de temor y poco comedor: es propio de mujeres», pero «grande boca, señal de destemplado y atrevido y hablador, y si es mujer, es para poco dama y muy hombrón»); «los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis» (Bondia: «Dientes claros y pocos, señal de poca vida»); «el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño» (Bondia: «los de mediano cuerpo y que tocan más en grandes que en pequeños, si en las demás partes están con proporción, son hábiles para cualquier ciencia y arte»).

⁶ J. CARO BAROJA, *op. cit.*, p. 21. Sobre la fisiognomía en general, puede verse la *op. cit.* de J. CARO BAROJA y la bibliografía recogida en esta obra y en mi art. cit. en la nota anterior.

⁷ Tan vulgares que hasta se encuentran entre los saberes de la Lozana andaluza: «sé sanar la sordera y sé ensolver sueños, sé conocer en la frente la fisionomía, y la quiromancia en la mano, y prenosticar» (Francisco DELICADO, *La Lozana andaluza*, ed. de Bruno DAMIANI, Madrid, Castalia, 1982, p. 176); es decir, la Lozana practica la metoposcopia o adivinación por las rayas de la frente, una de las variantes de la fisiognomía que cultivaron, por ejemplo, Ciro Spontoni o Filippo Finella (véase J. CARO, *op. cit.*, pp. 141-145; para los orígenes del término, ya utilizado por Esquilo, y cómo se

conocida su difusión durante el Siglo de Oro, gracias sobre todo a la obra de G. B. Della Porta y de vulgarizadores españoles como Jerónimo Cortés, y a que se ha resaltado su importancia en el estudio de la pintura española coetánea,⁸ la fisiognomía no suele tenerse en cuenta hoy en día a la hora de analizar las descripciones físicas de los personajes literarios.

Gracián parece conocer y aplicar, de vez en cuando, la fisiognomía; es un aficionado más entre los muchos que tuvo esta pseudociencia en su época, como su amigo y mecenas Lastanosa,⁹ y entre los que destacan especialmente algunos miembros de su orden, que contó con importantes tratadistas en la materia.¹⁰ Claro que el hecho de que Gracián emitiera en ocasiones juicios fisiognómicos muy precisos no implica que creyese en ellos como en verdades inquebrantables, con lo que tienen de deterministas en muchas ocasiones,¹¹ sino que más bien el jesuita suele utilizar la fisiognomía para resaltar las virtudes y valores morales que llevan aparejados los rasgos físicos. No hay que olvidar, en este sentido, que Quevedo, uno de los

convirtió en un arte adivinatoria vulgar ya en la Antigüedad, pp. 30-31). No hay que olvidar que ya en *La Celestina* podemos leer que «por la mayor parte, por la filosofía es conocida la virtud interior» (sobre la fisiognomía en *La Celestina*, véase J. A. MARAVALL, *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, Gredos, 1983, pp. 116-117).

⁸ Como dice J. GÁLLEGO: «Incluso la belleza o fealdad de un personaje pintado va más allá de las apariencias. [...] Ni en la Biblioteca de Velázquez, ni en ninguna de hombre culto y de pintor erudito, puede faltar la *Fisiognomía* de Della Porta, donde la belleza o fealdad de un rostro humano, por su semejanza con los animales, denuncia las cualidades del alma: muy razonablemente, Kurt Gerstenberg ha relacionado al hombre-buey de Della Porta con el *Usopo* de Velázquez» (*Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Madrid, Catedra, 1987, p. 194). Entre los tratados de pintura que incluyen un apartado dedicado a la caracterización fisiognómica para su aplicación en los retratos pueden citarse los de Vicente CARBUCHO (*Diálogos de la pintura*, ed. de F. CALVO SERRALLIER, Madrid, Turner, 1979, pp. 395-408) y de PALOMINO (*El museo pictórico y escala óptica*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1795, tomo II, cap. II, pp. 161 y ss.). También Jusepe Martínez en sus *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*, al elogiar los retratos de Durero y Leonardo, indica que «estos insignes maestros hicieron que sus figuras hablasen con sólo la acción: a más que dieron la fisonomía tan viva, que cualquiera conocerá en la cara de lo representado el ánimo y valor de cada cosa figurada» (cito por J. CARO, *op. cit.*, p. 180).

⁹ Como he indicado en mi art. cit. en la n. 5, basta con repasar el fichero de la biblioteca del erudito Lastanosa (sigo a K. L. Selig, *The Library of Vincencio Juan de Lastanosa. Patron of Gracián*, Ginebra, Droz, 1960) para comprobar su afición por estos secretos de la naturaleza. En la biblioteca se hallaban las obras de divulgación de Jerónimo Cortés (n.º 343), junto a otras que explícitamente vinculan la fisiognomía con la quiromancia (n.º 593, la obra de Johannes de Indagine) y que incluso traspasan sobradamente los límites de la filosofía natural para entrar en los del ocultismo, como la obra de Jean Belot, «professeur aux Sciences Divines et Celestes», *Familieres instructions pour apprendre les sciences de Chiromanie et Physiognomie*, París, 1624 (n.º 327 y 471).

¹⁰ Como lo fueron, por ejemplo, el P. J. Eusebio NIEMBERG, quien trató acerca de la fisiognomía en su *Curiosa y oculta filosofía, primera y segunda parte de las maravillas de la naturaleza* (Madrid, Imprenta del Reino, 1643, pp. 315 y ss., libro que se contaba entre los de la Biblioteca de la Compañía de Jesús en Huesca, como puede comprobarse en el ms. 1-M-116 de la Biblioteca Provincial de Huesca, p. 65) o el P. Honorato Nicquet en su *Physiognomia humana libris IV. Distincta* (Lugduni, sumptib. Petri Prost, Philippi Borde & Laurentii Arnaud, 1648), por citar dos textos cronológicamente próximos a la aparición de *El Criticón*.

¹¹ La fisiognomía, en un principio vinculada a la medicina humoral y al estudio de la anatomía, en particular en la comparación con los animales, era una «ciencia» que, al establecer una relación de causa-efecto entre rasgos físicos y vicios o virtudes morales, entraba en el peligroso terreno del determinismo y chocaba con la doctrina eclesial del libre albedrío, y mucho más si se vinculaba con artes adivinatorias tales como la astrología y la quiromancia, algo que ya ocurrió en el período helenístico-romano (véase J. CARO, *op. cit.*, pp. 35 y ss.). Por esta razón, la fisiognomía se incluyó entre las artes prohibidas en el *Index* promulgado por Pablo IV en 1559, prohibición confirmada por una bula de Sixto V en 1586. Siempre en el fiel entre la ortodoxia y la heterodoxia, la fisiognomía se permitió y cultivó, como la astrología, cuando se eliminaba su componente determinista y se limitaba a desvelar desde su base médico-aristotélica las correspondencias ocultas de la naturaleza como parte de los secretos de la misma y, en suma, de la magia natural.

más acérrimos enemigos de la fisiognomía, también era conocedor de la materia, como casi todos en su época, lo que le permitió desarrollar de modo burlesco todo su tratadillo *De la fisionomía*, incluido en el *Libro de todas las cosas*.¹²

Mi intención en este trabajo, por tanto, no va más allá de releer algunos fragmentos de la obra de Gracián en los que se detallan algunos rasgos físicos de los personajes, atendiendo a lo que dicen al respecto los tratados de fisiognomía, ya que estoy convencido de que esta perspectiva ayudará a comprender mejor algunos aspectos, por mínimos que sean, de los textos del jesuita, siempre necesitados de la glosa que ayude a desentrañar los dobles sentidos y alusiones recónditas de su concisa y preñada prosa, como ha puesto de relieve una vez más la edición de Aurora Egido de *El Discreto*.¹³ Prestaré especial atención a la nariz porque, como se verá, es lógico que Gracián se preocupase tanto por un apéndice, el nasal, que era índice de ingenio y de prudencia.

Parte Gracián de la constatación de la conformidad del rostro y el aspecto del cuerpo con la condición moral de los individuos. Es ésta la premisa básica, la intuición primaria plasmada en el refrán de que la cara «es espejo de las faciones del alma», como recuerdan *La Dorotea* de Lope¹⁴ y el *Vocabulario* de Correas.¹⁵ Es una realidad que salta a la vista, como recoge Gracián en la anécdota de Aristóteles precedente de Diógenes Laercio:

Preguntándole uno a Aristóteles cuál sea la causa que gustamos más de tratar y conversar con las personas de buen rostro, respondió: «Esa pregunta sólo pudiera hacerla un ciego».¹⁶

12 Francisco DE QUEVEDO, *Prosa festiva completa*, ed. de Celsa Carmen GARCÍA-VALDÉS, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 423-429. Para Quevedo como enemigo de la fisiognomía, véase su *Suécio del Infierno*, en *Suécios y discursos*, ed. de Felipe C. MALDonado, Madrid, Castalia, 1987, pp. 149-150, y J. CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 174 y ss.

13 Baltasar GRACIÁN, *El Discreto*, edición, introducción y notas de A. FOLIO, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

14 LOPE DE VEGA, *La Dorotea*, ed. de Edwin S. MORBY, Madrid, Castalia («Clásicos Castalia», 102), p. 149. El retrato y la caracterización fisiognómica de Dorotea aparece en la p. 125, donde Morby anota citando la *Fisiognomía* de Della Porta; en esta misma obra menciona también la imprescindible correspondencia entre cuerpo y alma, pues no es de recibo que «la naturaleza de las almas obrase con perfección por instrumentos imperfectos», p. 444. Lope es uno de los autores que más recurre a la fisiognomía, como puede verse en J. CARO, *op. cit.*, pp. 172-174, con multitud de referencias a las que pueden sumarse la aparición de un fisiognomista en *Servir a señor discreto* (ed. de F. WILBER DE KURIAT, Madrid, Castalia [«Clásicos Castalia», 68], 1975, vv. 1657 y ss.), además de muchas otras alusiones menores que suelen pasar desapercibidas, como la aparición de un caballero que «traía escrita en la frente la quietud» en *La más prudente venganza* (*Novelas a Marcia Leonrada*, ed. de F. RICO, Madrid, Alianza, 1968, p. 121) o el recuerdo de lo que puede la hermosura de Medoro, «un rostro donde viene el alma escrita» (*La hermosa de Augélica*, en *Colección de Obras sueltas*, Madrid, Arco Libros, 1989, vol. II, canto XVI, p. 259), etc.

15 «Kara de buen año, antes en el bueno ke en el malo. Kara de buen año llaman al ke la tiene buena, bien mantenida y alegre; y a la kara buena hermosa llaman Kara de Paskua. La buena kara es señal de buen ánimo y kondición, conforme por lo contrario al refrán latino: mostruo en el cuerpo, mostruo en el alma. También en el buen año ai más kausa de buena kara ke en el malo. Kara de pokos amigos. Al de xesto desapazible. Kontrario del precedente» (G. CORREAS, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. de L. COMBI, Burdeos, Férét et fils, 1967, pp. 368-369).

16 Baltasar GRACIÁN, *Aguileza y arte de ingenio*, ed. de E. CORREA CALDERÓN, Madrid, Castalia («Clásicos Castalia», 15), 1969, II, p. 112; discurso XLII, «De las respuestas prontas ingeniosas». No en vano recuerda Gracián también en la *Aguileza* que «A la hermosura apodó la reina doña Isabel carta de recomendación» (discurso XLVIII, II, p. 149), aludiendo a un dicho proverbial (véase M. CHEVALIER, «Gracián y la tradición oral», *HR*, 44 [1976], pp. 333-356, p. 352).

La belleza y proporción corporal es indicio de templanza y hermosura espiritual. Pero además, y sobre todo, la hermosura y proporción corporal son un síntoma de buena salud y del imprescindible equilibrio psicosomático del individuo. No debe olvidarse, en este sentido, que la medicina hipocrática, la obra de Galeno en su vertiente anatómica y fisiológica y el tratado sobre la fisiognomía atribuido a Aristóteles serán el soporte del crédito de la fisiognomía durante siglos.¹⁷ ¿Es, por tanto, la belleza física siempre indicio inequívoco de belleza y bondad espiritual? Sí que lo es para Pietro Bembo, quien responde en *El Cortesano* a la objeción de que no siempre van de la mano hermosura y bondad con argumentos basados precisamente en la fisiognomía, incluso en su vertiente dedicada a desarrollar las semejanzas entre los animales y los hombres a partir del supuesto «carácter» de los primeros, tan fructífero en el mundo de la fábula y el apólogo.¹⁸ La cita es larga, pero muy significativa:

17 Son varios los lugares en el *Corpus hipocrático* en los que aparecen juicios fisiognómicos que en un principio parecen parte de la observación médica de la sintomatología del enfermo, pero que se deslizan hacia la caracterización moral del individuo, en particular en las *Epidemias* (*Tratados hipocráticos*, V, *Epidemias*, trad. intr. y notas de A. ESTEBAN, E. GARCÍA NOVO y B. CABELLOS, Madrid, Gredos [«Biblioteca Clásica», 126], 1989: II, v, p. 172; II, vi, 175-177; VI, ii, p. 211); en la antropología patológica que se desprende de la medicina hipocrática, notas constitutivas de salud eran «la belleza, la fortaleza y la recta proporción» que se derivaban de una correcta isonomía o mezcla de humores, mientras que la enfermedad se describía como «fealdad, deformación, debilidad y desproporción» de esos mismos humores (P. LAÍN ENTRALCO, *La medicina hipocrática*, Madrid, CSIC, 1976, pp. 88-91). De la fe de Galeno en la fisiognomía dan cuenta los textos recogidos por R. FOERSTER en sus *Scriptores physiognomici* (Lipsiae, B. G. Teubner, 1893, 2 vols., I, pp. 241-249); de todos modos, tal vez lo más importante sea su somatización de la moral en el *Quod animi mores corporis temperamenta sequantur* (C. GALENI, *Opera omnia*, ed. de C. G. KÜHN, IV, Hildesheim, 1964), que, pese a centrarse en la isonomía y los humores, implicará que del temperamento dependan «la figura del cuerpo, su complexión, la distribución de la grasa y el pelo [...], las peculiaridades y los hábitos de la vida anímica» (P. LAÍN ENTRALCO, *El cuerpo humano. Oriente y Grecia antigua*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, p. 192); de las implicaciones deterministas y teológicas de tal actitud da cuenta la obra de Huarte de San Juan (que debe consultarse en la indispensable edición de G. SERÉS: HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de ingenios*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 99-107; téngase en cuenta, sin embargo, que el texto de Huarte está muy lejos de los arbitrarios dogmatismos habituales entre los fisiognomistas, aunque comparta con ellos algunas caracterizaciones físicas propias de las distintas complexiones). No obstante, el autor más influyente, y a cuya sombra se acoge frecuentemente Galeno, será Aristóteles en sus libros sobre los animales y a través del pseudoaristotélico *Secretum secretorum*, de amplia difusión durante la Edad Media (véase J. CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 29-35; G. SERÉS, «Del Examen de Huarte a la Anotomía de Pujasol. Historia de una frustración», *Huarte de San Juan*, 2 [1990], pp. 39-58, p. 48). A Aristóteles se acoge precisamente Alonso López Pinciano para justificar la correspondencia entre el cuerpo y el alma: «Y, aún, que las figuras del cuerpo son señales de las qualidades y condiciones del espíritu, y las templanças de los miembros son causas de las costumbres del ánimo, como es fácil ver en la Phisonomía de Aristóteles y el libro de vuestro Cial, cuyo título es que las costumbres del alma siguen a la templança del cuerpo» (*Philosophía Antigua Poética*, ed. de A. CARBALLO PICAZO, Madrid, CSIC, 1953, I, pp. 57-58). Para ver este asunto con más amplitud, J. CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 25-43, y P. LAÍN ENTRALCO, *El cuerpo humano*, donde se repasa la actitud ante el cuerpo humano entre los griegos desde el Epos homérico (en el que «A la excelencia del cuerpo —fuerza, belleza— iba naturalmente unida la distinción ética —valentía, honorabilidad—, y a su flaqueza —fealdad, debilidad—, la descalificación moral y social», p. 74) a los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles y a los tratados médicos de Hipócrates y Galeno.

18 El salto cronológico desde los tratados médicos grecolatinos hasta la filosofía neoplatónica es licencia que tomo para evitar la prolijidad de un tema tan amplio como es la relación entre el cuerpo y el carácter, que desde luego va mucho más allá de los límites de la parcela fisiognómica. Habría que recordar con detalle cómo el canon artístico grecolatino no refleja solamente un modelo estético, sino también una representación ideal de virtudes y cualidades morales, véase J. CARO BAROJA, *op. cit.*, pp. 16 y ss.); habría que detenerse, sobre todo, en la tradición cristiana reflejada en la patristica y la filosofía medieval, en la que se alternan, sin excluirse mutuamente, el desprecio del cuerpo que equipara la hermosura corporal y la fealdad espiritual (en la línea de los tratados de *miseria hominis*) con la exaltación del cuerpo humano creado «a imagen y semejanza» de Dios que desarrollan con pormenor los Hexamerones (en la línea de los tratados de *dignitas hominis*; véase F. RICO, *El pequeño mundo del hombre. Varía fortuna de una idea en las letras españolas*, Madrid, Castalia, 1970, pp. 128 y ss.); también habría que recordar la hermosura física con que se representan las figuras de

digo que de Dios nace ella [la hermosura], y es como un círculo del cual la bondad es el centro. Por eso, como no puede ser círculo sin centro, así tampoco puede ser hermosura sin bondad; y con esto acaece pocas veces que una ruin alma esté en un hermoso cuerpo, y de aquí viene que la hermosura que se vee de fuera es la verdadera señal de la bondad que queda dentro. [...] Esto mismo acontece en los cuerpos; y así los que entienden de fisonomía, muchas veces en la compostura de los rostros y en el gesto, conocen las costumbres e inclinaciones, y alguna vez los pensamientos, y lo que es más de maravillar, hasta en las bestias se comprende en el aspecto la calidad del ánimo, el cual en el cuerpo se declara todo lo posible. Considerará cuán claramente en el rostro del león, del caballo y del águila se conoce la ira, la ferocidad y la soberbia; en los corderos y en las palomas, una pura y simple inocencia; en las zorras y lobos, una astucia maliciosa, y por aquí casi en todos los otros animales.

La conclusión es lapidaria:

Así que los feos comúnmente son malos, y los hermosos buenos; y puédesse muy bien decir que la hermosura es la cara del bien: graciosa, alegre, agradable y aparejada a que todos la deseen; y la fealdad, la cara del mal: oscura, pesada, desabrida y triste.¹⁹

¿Cuál es la actitud de Gracián al respecto? Por una parte, el jesuita considera que no hay que dejarse llevar por las apariencias. Así en *El Discreto*: «Sagaz anotomía, mirar las cosas por dentro. Engaña de ordinario la aparente hermosura, dorando la fea necedad; y si callare, podrá desmentir el más simple de los brutos a la más astuta dellos, conservando la piel de su apariencia».²⁰ Pero por otra parte, frente a esta prudente recomendación, Gracián reitera en numerosas ocasiones que el aspecto externo de la persona, la primera visión general del individuo, es indicio de su cualidad moral. En el mismo *Discreto*, por ejemplo, a la hora de destacar la importancia del modo y del agrado recuerda que:

Por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal; que aun a la persona que no conocemos por el porte la juzgamos.²¹

En este mismo realce, Gracián recuerda que un semblante agradable y hermoso refleja un ánimo equivalente: «el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condición»,²² mientras que un sobrecejo excesivo, es decir, unas cejas excesivamente pobladas, son una señal de mala condi-

Cristo y de la Virgen en la iconografía cristiana (recuérdese el escándalo que provocó en Roma la pintura de la *Muerte de la Virgen* de Caravaggio; véase Julián GÁLLEGO, *op. cit.*, p. 194; o la descripción de la figura de Cristo como «hombre templado» en el *Examen de Ingenios* de HUARTE, pp. 594-595). Todas estas son cuestiones que por su amplitud desbordan los límites de este breve trabajo.

¹⁹ Baltasar DE CASTIGLIONE, *El Cortesano*, ed. de Rogelio REYES CANO, Madrid, Espasa-Calpe («Col. Austral», 549), página 343.

²⁰ Ed. cit., pp. 166-167.

²¹ Ed. cit., p. 334.

²² Ed. cit., p. 337, donde A. ECHEGO remite a OVIDIO (*Ponticas*, 3, 427: «El rostro es la garantía del pensamiento»), como anteriormente lo había hecho a CICERÓN (p. 177, n. 55, *De Oratore*, 3, 59, 221: «La cara es el espejo del alma»), para autorizar una afirmación que, al margen de sus fuentes clásicas, pervive en el refranero.

ción, tal y como establecen los tratados fisiognómicos, que acompaña al hombre toda la vida y que hará prevenirse anticipadamente a quienes se relacionen con él: «Pequeño desmán es —ponderaba un sabio— el sobrecejo en ti, y basta a desazonar toda la vida». ²³ También «El buen entendedor» es capaz de leer no ya las pocas palabras, sino el mismo semblante, el rostro que desvela el corazón: «Yo diría que, a pocas palabras, buen entendedor. Y no sólo a palabras, al semblante, que es la puerta del alma, sobreescrito del corazón». ²⁴ El varón prudente que siga los aforismos del *Oráculo manual* sabrá leer el alma y sondear el genio de aquellos con quienes trata a través de las señales exteriores; y también se prevendrá contra los señalados por la naturaleza: «Sepa descifrar un semblante y deletrear el alma en los señales. Conozca al que siempre ríe por falto, y al que nunca por falso. Recátese del preguntador, o por fácil, o por notante. Espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos, y assí como ella los honró poco a ellos, la honran poco a ella». ²⁵

Dada esta equivalencia entre el aspecto físico externo y la condición moral del individuo, no es extraño que Artemia, como buena jugadora de naipes, no tenga ninguna dificultad para brujulear y conocer por la pinta que Critilo es de los suyos, indicando de paso, con un cruce etimológico entre *facere* y *facies*, que en la cara están escritas la vida y las inclinaciones de los hombres: «Recibió con agradable vizarría a Critilo, celebrándole por muy de su genio, sacándolo por la pinta, y añadió que con razón se llamó el rostro faz, porque él mismo está diziendo lo que haze y *facies*, en latín, lo que *facies*» («Las maravillas de Artemia», I, 8, p. 249). La misma equivalencia puede verse en los hijos de la Fortuna, que acompasan su gesto con su inclinación: «Contáronme tenía dos hijos la Fortuna muy diferentes en todo, pues el mayor era tan agradablemente lindo quanto el segundo desagradablemente feo;

²³ Aunque no he podido localizar quién puede ser ese sabio, lo cierto es que ese sobrecejo, esa señal de enfado perpetuamente instalada en la frente de un individuo, se acompaña bastante con las caracterizaciones fisiognómicas de las cejas. Por ejemplo, E. PUJASOL, en *El sol solo y para todos: sol, de la filosofía sagaz y anatomía de ingenios* (Barcelona, Pedro de la Cavallería, 1637), indica que las cejas «muy pelosas» son señal de «hombres oscuros de condición», mientras que BONIMA, y el P. H. NICOLLET, señalan que «las cejas muy juntas en la nariz, y más si son muchas, muestran un ánimo colérico y atrevido, y de quien se puede vivir con recelo» (art. cit., p. 148). Tal vez ese sabio sea Polemón, uno de los más famosos fisiognomistas de la Antigüedad (J. CARO, *op. cit.*, pp. 39-40), ya que G. B. DELLA PORTA (cito por *Della Fisonomia dell'huomo*, Vicenza, Per Pietro Pado Tozzi, 1615), al hablar de los hombres con las cejas pobladas y pegadas a la nariz, dice que «Polemone lo dice piu chiaro nella figura dell' Iracondo» (f. 48v).

²⁴ *El Discreto*, ed. cit., p. 220. Téngase en cuenta que «Sobrescrito» tiene también la siguiente acepción: «Metaphóricamente se toma por la physonomía del rostro» (*Autoridades*).

²⁵ *Oráculo Manual*, ed. de E. BLANCO, Madrid, Cátedra, 1995, n.º 273, p. 248. El aforismo acaba diciendo que «Tanta suele ser la necesidad quanta tuere la hermosura», lo que en un principio podría parecer contradictorio con todo lo que estamos viendo, pero creo que Gracián alude al tópico de que la mujer hermosa suele ser necia, frente a la discreción y ventura de la fea; muchas protagonistas de las novelas cortas del siglo XVII que, además de hermosas, son discretas resultan llamativamente realzadas por conjugar ambas virtudes. Respecto al que se ríe por falto, además de las autoridades latinas y bíblicas aducidas por el editor, téngase en cuenta que, según HUARTE DE SAN JUAN, «los muy risueños, todos son faltos de imaginativa; y así, cualquier gracia y donaire, por fría que sea, les corresponde muy bien» (*Examen de ingenios*, ed. cit., p. 369), así como los comentarios que dedica a «la gran risa», una de las tres grandes pasiones junto a la gran parlería y la gran porfía, el médico FRANCISCO LÓPEZ DE VILLALOBOS (*Libro intitulado los Problemas de Villalobos*, Zaragoza, J. Coci, 1514, ff. XLIII y ss.).

eran sus condiciones y propiedades muy conformes a sus caras, como suele acontecer» («El golfo cortesano», I, 11, p. 321).

Uno de los ejemplos más llamativos de esta correspondencia entre el «gesto» y el «gusto», paronomasia muy atractiva para Gracián, nos lo ofrecen las galerías de retratos. Los dichos y hechos de los hombres del pasado son conocidos a través de su aspecto externo, como pone de relieve la conversación entre el criado de Salastano y Critilo cuando se dirigen hacia la prodigiosa casa de Huesca:²⁶

[...] allí veréis en fieles retratos todas las personas insignes de los siglos, assi hombres como mugeres, que de verdad las ai: los sabios y los valerosos, los Césares y las emperatrices, no ya en oro, que éssa es curiosidad ordinaria, sino en piedras preciosas y en camafeos.

—Fissa —dixo Critilo—, con vuestra licencia, la tengo por una diligencia inútil, porque yo más querría ver retratados sus relevantes espíritus que el material gesto, que comúnmente en los grandes hombres carece de belleza.

—Uno y otro lograréis en caracteres de sus hazañas, en los libros de su doctrina, y sus retratos también; que suele dezir mi amo que, después de la noticia de los ánimos, es parte del gusto ver el gesto, que de ordinario suele corresponder con los hechos. («Los prodigios de Salastano», II, 2, p. 64)

Tras la constatación de la correspondencia general entre el cuerpo y el ánimo, entrando ya en caracterizaciones más concretas, una de las más repetidas por Gracián, más bien bajo que alto,²⁷ es la equivalencia entre el hombre largo de estatura como corto de ingenio. Es ésta una de las caracterizaciones habituales entre los fisiognomistas, que suelen comenzar sus tratados con la disposición del cuerpo en cuanto a su estatura, delgadez o gordura, etc. Por ejemplo, el P. Honorato Nicquet dice: «Qui sunt procerosa magnitudine, maxime tardi sunt; sententia est Aristotelis», mientras que «Parui corpore, ingenio celeres; ita Aristotelis»,²⁸ como resume

²⁶ Recuérdese la defensa de fray José de SICKENZA, en *La fundación del monasterio de El Escorial* (1602), de la presencia de retratos de autores gentiles en la biblioteca de El Escorial: «Las librerías son apotecas y tiendas comunes para toda suerte de hombres y de ingenios; los libros lo son, y así lo han de ser las figuras. Y si están aquí y en todas las bibliotecas del mundo los libros de tan insignes ingenios, que muestran la hermosura o el rostro de lo que tenían dentro, y se les leen las almas, ¿por qué quieren que no estén los retratos del rostro?» (cito por D. YNDURÁIN, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Cátedra, 1994, p. 517), o el memorial de PÁEZ DE CASIRO para la decoración de esta misma biblioteca, donde se dice que «Los principales vultos y retratos que se ponían [en las librerías] siempre eran de hombres muy excelentes en letras, cuyos libros allí estaban. Assi, dice Plinio, que una de las grandes señales de ser tenido uno en mucho, es que procuren todos saber su figura, para ver la physionomía que mostraba» (cito por Pierre CIVIL: «Culture et histoire: galeries de portraits et "hommes illustres" dans l'Espagne de la deuxième moitié du XVI siècle», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 1990, XXVI/2, pp. 5-32, p. 6; para las galerías de retratos, véase también Aurora ECIDO, ed., «Retrato de los reyes de Aragón» de Andrés de Uztarroz y otros poemas de academia, Zaragoza, IFC, 1979). En este mismo sentido, me parece interesante recordar que Vives, al describir «El cuerpo del hombre por de fuera», asigne a un pintor, Dure-ro, el papel de entendido que explica y justifica los rasgos físicos del hombre que acaba de retratar con criterios predominantemente fisiognómicos (Juan Luis VIVES, *Diálogos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959, pp. 125-130).

²⁷ Según se desprende del retrato caricaturesco del jesuita que realiza Lorenzo MATHEU Y SANZ en su *Crítica de reflexión*, a partir del retrato de Momo que había incluido GRACIÁN en *El Criticón* (II, 11). Como anotan los editores: «En la medida en que toda caricatura tiene que conservar los rasgos principales del original, se puede colegir de ésta que Gracián era pequeño, flaco, algo enfermizo y que gustaba gafas» (Odette GORRIS y Robert JAMMIS, «La Crítica de reflexión de Lorenzo Matheu y Sanz. Edición, índice y notas», *Criticón*, 43 [1988], pp. 73-188, p. 84, n. 10).

²⁸ *Op. cit.*, pp. 145 y 141, respectivamente.

A. Bondía, omitiendo la justificación humoral del jesuita: «los pequeños de cuerpo son de vivo ingenio, y los de largo y desproporcionado de más vida, pero son torpes y casi inhábiles»,²⁹ y lo mismo viene a decir Juan de Orozco y Covarrubias en sus comentarios sobre la fisiognomía.³⁰ Efectivamente, la afirmación aparece en varios textos de Aristóteles y así la recoge Huarte de San Juan,³¹ quien además nos indica cuál fue una de las vías por las que se difundió este aserto que Gracián considera tan vulgar y conocido: los libros de problemas que, a imitación de los *Problemas* aristotélicos y basados en la dialéctica pregunta-respuesta, utilizaron los «filósofos naturales», sobre todo médicos, para divulgar curiosidades y secretos de la naturaleza.³²

Gracián aplica en varios lugares de su obra esta aseveración. Por ejemplo, en el *Oráculo Manual* (nº 105: *No cansar*), tan famoso por recoger la máxima de que «lo bueno, si breve, dos veces bueno»: «Más obran quintas essencias que fárragos; y es verdad común que hombre largo raras veces entendido, no tanto en lo material de la disposición quanto en lo formal del discurso». Es éste además un buen ejemplo de cómo Gracián aplica el saber fisiognómico más allá de la mera equiparación de un rasgo físico con una cualidad moral o intelectual, puesto que se inserta en la defensa del estilo lacónico, breve y conciso, como indica Emilio Blanco.³³ También en *El Criticón* se repite el aserto: «—¿No ai algún sabio? —gritó la Fortuna—. Venga un

²⁹ Art. cit., p. 146.

³⁰ J. DE OROZCO Y COVARRUBIAS, *Tratado de la verdadera y falsa prophecía*, Segovia, Juan de la Cuesta, 1588, ff. 92v-93r.

³¹ «[...] si las demás partes del cuerpo son gruesas y carnosas, por donde el hombre viene a tener gran corpulencia, dice Aristóteles que le echa a perder el ingenio»; «[...] lo que toca al ingenio, mejor es la moderada estatura [...] que la grande ni pequeña; y si al uno de los extremos ha de inclinar, mejor es a pequeño que a grande, porque los muchos huesos y carne probamos atrás, de opinión de Platón y Aristóteles, que hace mucho daño al ingenio. Conforme a esto, suelen los filósofos naturales preguntar *cur homines qui brevis sunt corpore, prudentiores magna ex parte sunt quam qui longo?* Como si dijera: ¿qué es la causa que, por la mayor parte, los hombres pequeños son más prudentes que los largos?». Juan HUARTE DE SAN JUAN, *Examen de Ingenios*, ed. cit., pp. 283 y 580-581, respectivamente; también indica que la estatura excesiva es un mal indicio, apoyándose en la Biblia, en las pp. 591-592.

³² Efectivamente, podemos hallar este problema en algunas de las colecciones de la época. Por ejemplo, aparece en las *Cincuenta otras preguntas con otras tantas respuestas* [s. l., s. a., s. i.] de Hernán LÓPEZ DE YANGUAS, donde se pregunta «Por qué la mayor parte / pues lo vemos claramente, / el chico sabe más arte / que el grande y es más prudente» (f. 7v), y también en *Las cuatrocientas respuestas a otras tantas preguntas* (Zaragoza, Jorge Coci, 1545) de Luis DE ESCOBAR (pregunta nº CCXXVIII, f. LXIV, de un letrado: «por qué son los pequeños de cuerpo más vivos que los grandes», a lo que se responde: «las fuerzas y los sentidos / de un mismo grado y valor / siendo conjuntos y unidos / en cuerpos diminuydos / cobran fuerza muy mayor / y obran con mayor vigor»). Gracián conocía bien los problemas y no en vano uno de los reales de *El Discreto* (XV: «Tener buenos repentes») se acogió al género del «Problema»; véase Aurora ECIÑO, en su introducción a *El Discreto*, pp. 50 y ss.; así como M^a P. CUARTERO, «Las colecciones de problemas en el Siglo de Oro», en *Hommage à Maxime Chevalier, BHi*, 92 (1990), pp. 213-231, y P. M. CÁTEDRA, *Catálogo de Problemas, Preguntas y Respuestas, Luigmas, etc.* (Siglos XVI-XVII), Salamanca, 1991.

³³ En su edición del *Oráculo Manual*, Madrid, Cátedra, 1995, pp. 159-160. No obstante, E. BLANCO, quien recuerda en nota el proverbio latino «Homo longus, raro sapiens», ya localizado por ROMERA-NAVARRO (*El Criticón*, II, 6, p. 221, n. 148), al situar la cuestión exclusivamente en el terreno retórico de la *brevitas*, omite el apoyo médico y fisiognómico de la expresión de GRACIÁN que da pie a la comparación entre el hablar breve y el hombre pequeño como entendidos e ingeniosos, a la contraposición entre «material» y «formal» y al equívoco que creo que puede verse en «discurso» como «oración, razonamiento» y como «facultad intelectual». Súmese a esta equivalencia entre estatura física y brevedad del discurso la preferencia graciana por los libros de pequeño formato, manual, «menino», en sus tratados (véase la introducción de A. ECIDO a *El Discreto*, pp. 71 y ss.).

entendido y pruévase. Salió al punto un hombre mui pequeño de cuerpo, que los largos raras veces fueron sabios» («Cargos y descargos de la Fortuna», II, 6, p. 221). Pero es en otro lugar de esta misma obra donde Gracián desarrolla por extenso esta cuestión, al hablar de los zancudos, los «zancones», y descifrar esta compleja cifra. Sin el trasfondo médico y fisiognómico señalado, no se acaba de entender en toda su extensión la diatriba contra los desafortadamente altos:³⁴

—Aguarda. Y aquellos otros —dixo Andrenio—, tan alçados y dispuestos, que parece los puso en çancos la misma naturaleza o que su estrella los aventajó a los demás, y así los miran por encima del ombro y dizen: «¡Ah de abaxo! ¿quién anda por esos suelos?», éstos sí que serán muy hombres, pues ay tres y quatro de los otros en cada uno dellos.

—¡O qué mal que lees! —le dixo el Descifrador—. Advierte que lo que menos tienen es de hombres. Nunca verás que los muy alçados sean realçados, y aunque crecieron tanto, no llegaron a ser personas. Lo cierto es que no son letras ni ay qué saber en ellos, según aquel refrán: «Hombre largo, pocas veces sabio».

—Pues ¿de qué sirven en el mundo?

—¿De qué? De embaraçar. Estos son una cierta cifra que llaman çancón, y es dezir que no se ha de medir uno por las çancas, no por cierto, sino por la testa: que de ordinario, lo que echó en éstos la naturaleza en gambas, les quitó de cerbelo; lo que les sobra de cuerpo, les haze falta de alma. Levantan los desproporcionados tercios el cuerpo, mas no el espíritu: quédaseles del cuello abaxo, no passa tan arriba; y así veréis que por maravilla les llega a la boca, y se les conoce en la poca sustancia con que hablan. Mira qué trancos da aquel çancón que por allí passa, las calles y plaças anexia; y con todo esso, anda mucho y discurre poco. («El mundo descifrado», III, 4, 128-129)

En otras ocasiones, Gracián se limita a presentar fugazmente algún rasgo físico asociado a una cualidad moral de modo que casi pasa desapercibida la equivalencia fisiognómica que le sirve parcialmente como base. Esto ocurre en la presentación de algunos personajes alegóricos que, además, suelen acompañarse de otras equivalencias procedentes de la iconografía y de la emblemática y de asociaciones conceptuosas que el propio Gracián suele imprimir en tales retratos. Podemos ver esto, por ejemplo, en la alegoría de la Espera que aparece en el tercer realce de *El Discreto*; allí se nos dice que tiene una «serena y espaciosa frente, con ensanches de sufrimiento», lo que se corresponde con la más favorable valoración fisiognómica,³⁵ de la nariz, a la que volveremos más abajo, se dice que es «grande, prudente desahogo de los arrebatamientos de la irascible y de las llamadas de la concupiscible», y la nariz siempre es preferible grande, sin que llegue a ser des-

³⁴ Este trasfondo es también fundamental para comprender los ataques de Tirso DE MOLINA al «poeta corpulento», basados en la misma premisa de que los pequeños de estatura son inteligentes y los largos torpes. Véase R. L. KENNEDY, *Estudios sobre Tirso*, Madrid, separata de la revista *Estudios*, 1983, cap. VI («Tirso y el poeta corpulento»), pp. 187 y ss.

³⁵ Por ejemplo, en el P. H. NICQUIT, *op. cit.*: «secundo, longa frons, id est, valde protensa ab aure ad aurem, indicat ingenii præstantia, imaginationis vigorem» (*op. cit.*, p. 177), o en BONJIA, art. cit.: «La dilatada, grande, ancha [...] arguye grande ingenio y mucha capacidad», p. 148; en PUJASOL, frente ancha y cuadrada: «discreto, liberal, prudente», *op. cit.*, p. 15 (por otra parte, también es cierto que la frente «tranquila y serena» suele aplicarse a los aduladores). Los «ensanches de sufrimiento» que aquí se aplican a la frente se refieren en el *Oricúlo Manual* al corazón, pero también del hombre de espera, como ejemplo de las constantes recurrencias gracianas: «55. Hombre de espera. Arguye gran corazón, con ensanches de sufrimiento», ed. cit., p. 132.

proporcionada;³⁶ la «pequeña boca, con labios de vaso atesorador», también es siempre preferida a la boca grande, «señal de destemplado y atrevido y hablador».³⁷ En la descripción de la doble faz de Vegecia que realiza Jano en *El Criticón* (III, 1, p. 24) se alude a sus dos frentes, una «serena y la otra borrascosa», y al distinto color de los ojos de ambas caras; estos colores, «açules y de cielo, y los de la otra muy negros y de infierno», se corresponden con la caracterización fisiognómica.³⁸

Otro rasgo físico asociado a una cualidad moral se menciona en la reforma de los refranes que aparece en *El Criticón*, donde se hace eco Gracián de uno que procede, como tantos otros, de caracterizaciones fisiognómicas que el refranero suele adoptar de forma bastante libérrima.³⁹ El refrán («grande pie y grande oreja, señal de grande bestia»; «El Saber reynando», III, 6, p. 210), que aparece también en Correas, como anota Romera-Navarro, asigna la condición de bestias a algunos indivi-

³⁶ Como dice A. BONDIA: «La nariz siempre es mejor grande que pequeña, porque la pequeña es señal de malas costumbres, inclina a hurtar» (art. cit., p. 151). En los cuadros sinópticos en que condensó Francesco STELLUTI DA FABRIANO la *Fisiognomia* de G. B. PORTA, podemos ver que el «Naso grande» es propio de «huomini da bene» (*Della Fisonomia di tutto il corpo humano del S. Gio. Batta. della Porta*, Roma, Vitale Mascardi, 1637, p. 76). Téngase en cuenta, para comprender perfectamente el texto de GRACIÁN, que los tratados de anatomía asignan a la nariz entre otras la función de refrigerar el corazón, sede de la facultad irascible y del calor interno del cuerpo, por lo que siempre es mejor una nariz «larga, angosta en la raíz y ancha en el orificio baxo», porque si son excesivamente grandes o pequeñas no cumplen perfectamente su oficio, «para entendimiento de lo qual es de entender que según el calor del corazón y del cerebro, y también los humos que han de despedir, ordena la naturaleza la magnitud y cantidad [de las narices] [...] para refrigerio y mundificación de sus malos humos» (Bernardino MONTAÑA DE MONSERRATE, *Libro de la Anothomia del hombre*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1551, f. XXXIIv). De ahí que unas anchas narices impliquen resistencia a la ira y, por tanto, tendencia a la misericordia, como veremos más abajo, y de ahí también el «subirse el humo a las narices».

³⁷ A. BONDIA, art. cit., p. 151. J. CORIUS dice de los que tienen boca pequeña que «son pacíficos, modestos, leales, secretos, medrosos, templados y vergonzosos» (*Libro de Plisonomia natural*, Alcalá, Juan Gracián, 1607, f. 15r). PUJASOL considera que la boca grande es de «atrevidos, habladores, avaros y amigos de pendencias», mientras que la pequeña es propia de «hombres pacíficos, leales», aunque también indica que éstos son «medrosos» y «pusilánimes» (*op. cit.*, p. 49). Para el «capaz estómago» de la Espera, véase la nota correspondiente de A. EGIDO, p. 182, n. 61.

³⁸ Los ojos azules son, en los cuadros sinópticos de Stelluti, «Azurri», cuando «grandi, esplendenti», síntoma de «animosi, robusti, magnanimi», mientras que los «neri assai» son propios de «timidi, inganimatori» y los «oscuri» y «caliginosi» son de «intemperati, inganimatori» (*op. cit.*, p. 70). Para H. NICQUET, los «caerulei oculi principatum semper tenuerunt, propterea quod caeruleus color privatus est adustione bilis et melancholia» (*op. cit.*, p. 200). BONDIA indica que los ojos «proporcionadamente grandes, que decimos rasgados, con niñetas negras y la circunferencia que tire a encabellada o tenga algo de azul, son muestras de mucha perfección y de un ánimo bien afecto, religioso, apacible y bien intencionado», mientras que «los muy negros son pronósticos de temor» (art. cit., p. 149). CORREAS señala que «Oxos negros, muladares llenos».

³⁹ Las caracterizaciones físicas asociadas a rasgos morales aparecen con frecuencia en el refranero, aunque tampoco faltan refranes que adviertan que no hay que fiarse de las apariencias. Algunos ejemplos tomados de CORREAS: «Falso por natura, kabelle negro, la barva rrubia» (p. 339), «pelo bermexo, mala karne i peor pelexo» (p. 465), «zurdos, i kalvos, i rrubios, no avian de ser en el mundo. El rrubio por bermexo, el kalvo i zurdo por kontrahechos» (p. 301), «koxo i no de espina, no ai maldad que no imagina. Koxo, i no de espina, kalvo, i no de tiña, ziego, i no de nuve, todo mal enkubre» (p. 429), «barva de tres kolores, no la traen sino traidores» (p. 349), «barva rroxa i mal kolor, debaxo del zielo no le ai peor» (p. 350), «Onbre señalado, o mui bueno o mui malo», «Onbre de pelo en pecho, onbre de valor i hecho», «Onbre bermexo i muxer barvuda, de una legua los saluda», «Onbre peloso, o tonto o venturoso», «Onbre velloso, o rrico o luxurioso» (pp. 169-179), etc. El repertorio es inmenso, como dice J. CARO (*op. cit.*, p. 188), y es curioso señalar que la fisiognomía también se introdujo en la obra de algunos lexicógrafos, como COVARRUBIAS, quien, al tratar del «bonete», indica: «Hombre de copete dezimos al valeroso y de pensamientos levantados, aunque ya le usan los afeminados, pero esto no infama los generosos leones, ni en la fisionomía a los que con remolinos tienen sobre la frente levantado el cabello»; BONDIA señala que «El cabello que hace remolinos hacia la frente muestra un ánimo atrevido» (art. cit., p. 147) y también PUJASOL indica que los cabellos «ásperos, gruesos y crepos» son indicio de «atrevidos» (*op. cit.*, p. 11).

duos por sus grandes orejas y pies, y esta equiparación procede en última instancia de la fisiognomía basada en la comparación con los animales y su supuesto «carácter». Así, los de grandes orejas serán rudos y torpes por su semejanza con los asnos.⁴⁰

Pero si hay un rasgo físico y facial por el que Gracián siente especial predilección es la nariz. La nariz, que cuando es extremadamente grande y desproporcionada es objeto constante de sátiras y burlas, amén de otras consideraciones raciales y sexuales,⁴¹ destaca sobre todo por ser señal de ingenio, sagacidad y prudencia.⁴² Hasta Dios se preocupó de la nariz de quienes habían de atender a sus altares y habló de sí mismo como «ancho de narices» para simbolizar su carácter misericordioso.⁴³ La asociación de la nariz grande con el ingenio y la sagacidad tiene

40 Dice BONDÍA sobre las orejas: «Orejas pequeñas son señal de ingenio; las grandes y altas, falta de él, con propiedad de bestias» (art. cit., p. 151). PUJASOL indica que los de orejas «grandes y pandas» son «rudos de ingenio, perezosos y tardos» (op. cit., p. 26). Los cuadros sinópticos de STELLUTTA FABRIANO son inequívocos: «orechie grandi» son sintoma de «stolti» y tienen semejanza «agli asini» (op. cit., p. 76); sobre los pies dice PORTA: «I piedi troppo lunghi, disnostrano un' artefice de mali, perche tenta ogni cosa» (op. cit., p. 110r).

41 Recuérdese simplemente el soneto de Quevedo «a un hombre de gran nariz», al respecto del cual anota González de Salas que «los epigramáticos griegos tropezaron mucho en las narices grandes; y ansí fatigaron con no poca agudeza a los narigudos muchas veces» (cito por la ed. de J. M. BLECUA de F. DE QUEVEDO, *Poesía original completa*, Barcelona, Planeta, 1990, p. 514; otros poemas de narices: p. 558, «A una roma, pedigüena además»; p. 1067, «romance de la roma»); para la identificación fálica y nasal, véase M. G. PROFETI, «Dall' ossessione anale al naso», en *Quevedo, la scrittura e il corpo*, Roma, Bulzoni Editori, 1984, pp. 215-225, y recuérdese que PORTA en su *Fisiognomia* comenta, al tratar de las correspondencias y proporciones entre partes del cuerpo, que «il naso risponde alla verga, che havendolo alcuno lungo, e grosso, ovvero acuto e grosso, o breve, il medesimo si giudica di lui [...] onde è il proverbio del naso assai volgare, dalla grandezza del naso conosci la sua grandezza» (p. 53v). Es posible que el refrán de CORREAS («ombre narigudo, pokas vezes cornudo», p. 169) también vaya por ahí, aunque don Gonzalo se escape por la agudeza de los narizotas: «porke es señal de avisado i kuerdo, i el ke tal sabe sin desamar hazerse rrespetar i temer». Los ejemplos de poesía burlesca contra las grandes narices darían para una pequeña antología, con la repetición constante de muchos juegos de palabras. Véase, por ejemplo, J. POLO DE MEDINA, *Poesía. Hospital de incurables*, ed. de F. J. DIEZ DE REVENGA, Madrid, Cátedra, 1987, pp. 112, 132. Para las alusiones constantes a las narices de los judíos, véase M. HERRERO GARCÍA, art. cit., pp. 173 y ss.

42 El propio QUEVEDO, en el romance que «celebra la nariz de una dama», indica que «Señal ingenio os he hallado, / en los filósofos griegos» (ed. cit., p. 734). Un buen ejemplo de cómo fisiognomía y realidad a veces coinciden es don Luis de Góngora, cuyo ingenio es proverbial y cuya aguileña nariz destaca prominentemente en el retrato que le hizo Velázquez. Góngora era consciente de la asociación entre ingenio y nariz aguileña; en su autorretrato festivo del romance «Hanme dicho, hermanas», presenta su «aguileña / filomocosía» (L. DE GÓNGORA, *Romances*, ed. A. CARREÑO, Madrid, Cátedra, 1988, p. 184; dicho sea de paso, el término «filomocosía» podría ser un juego de palabras entre el «moco» propio de la nariz, aguileña o no, y la «filosomía», término que se utiliza en ocasiones como sinónimo de «fisionomía», en *La Celestina*, por ejemplo); en sus famosos tercetos «A lo poco que hay que fiar de los favores de los príncipes castellanos», Góngora se lamenta de su bobería, aparentemente desmentida por su nariz: «Guardad entre esas guijas lo risueño / a este dómine bobo, que pensaba / escaparse de tal por lo aguileño».

43 J. DE OROZCO Y COVARRUBIAS recuerda: «[...] lo que ordenó Dios en el *Levitico* (c. 21) deuenos hazer memoria de los que tienen pequeñas narizes, o muy grandes, o las tienen torcidas, porque los vnos y los otros, mandava Dios que no fuesen admitidos en su ministerio» (op. cit., f. 92v). Posiblemente aluda Orozco y Covarrubias al *Levitico*, 21, 17-21 («I habla a Arón y dile: Ninguno de tu estirpe según sus generaciones que tenga una deformidad corporal se acercará a ofrecer el pan de tu Dios. Ningún deforme se acercará, ni ciego, ni cojo, ni mutilado, ni monstruoso, ni quebrado de pie o de mano, ni jorobado, ni enano, ni bisojo, ni sarnoso, ni fiñoso, ni hernioso. Ninguno de la estirpe de Arón que tenga una deformidad corporal se acercará para ofrecer las combustiones de Yavé; es defectuoso, no se acercará a ofrecer el pan de su Dios»), donde se pone de manifiesto cómo también la tradición hebraica daba buenos apoyos a los fisiognomistas y a la prohibición de que ocuparan determinados cargos quienes sufrían deformidades corporales. Fray Luis DE LLOS, en su adaptación del *Salmio* CII dice que Dios es «ancho de narices» para mostrar su condición piadosa y su innata resistencia a la ira: «Y dixo: Soy amigo y amoroso / Soportador de males, / Muy ancho de narizes, muy piadoso / Con todos los mortales» (*De los nombres de Cristo*, ed. de C. CUEVAS, Madrid, Cátedra, 1982, p. 658); expresión trasladada-

una sólida y constante presencia en los tratados de fisiognomía. G. B. Porta en su tratado, en gran medida basado en la comparación con los animales que proviene de Aristóteles, asocia las características del hombre de nariz grande con las del rinoceronte, incluyendo un grabado en el que está junto al rinoceronte nada menos que Àngelo Poliziano, de nariz desproporcionada, «e però d'ingegno pungente»; dice Porta del rinoceronte: «Il rinocerote è riguardevole per un corno, che hà sopra il naso, è più nasuto di tutti gli animali [...] E animal d'ingegno, astuto, allegro e facile», ilustrando sus comentarios con citas de Marcial, Horacio y Quintiliano.⁴⁴

Para Gracián todo narigudo, o nariagudo, en paronomasia que utiliza repetidas veces en *El Criticón*, es sagaz, aunque haya quien se las dé de «nasudo y de sagaz» sin serlo.⁴⁵ Incluso el «valiente *decitore*» que sobre un vulgar teatro va presentando su particular retablo de las maravillas en «El Mundo descifrado» (III, 4), el Charlatán, el Embustero, goza de un apreciable apéndice nasal bajo el que puede esconder su risa:⁴⁶

Y el socarrón del embustero, a sombra de su nariz de buen tamaño se estaba riendo de todos y solemnizava aparte, como paso de comedia:

—¡Cómo que te los engaña a todos éstos! ¿Qué más hiziera la encandiladora? Y les hago tragar cien disparates. (III, 4, pp. 140-141)

No es casualidad que dos de los guías de los peregrinos de *El Criticón* ofrezcan como tarjeta de presentación a Andrenio y Critilo, y también al lector, su nariz, aunque por ser lengua les descomponga algo la figura, como al Arcipreste.⁴⁷ Así se presenta el Sagaz que les acompaña en el «Anfiteatro de monstruosidades»:

Esto ponderavan, quando vieron assomar por su magestuosa puerta, al cabo de muchas varas de nariz, un hombrecillo de media, que viéndolos admirados, les dixo:

da posteriormente al diccionario: «Ancho de narices: se llama por elegante translación el sugeto generoso, benigno y que con dificultad se mueve al enojo y a la ira: a diferencia del que por las contrarias calidades se llama atufado o atufadillo, y que se le sube presto el humo a las narices» (*Autoridades*). Véase la nota 36.

⁴⁴ G. B. PORTA, *op. cit.*, f. 54v.

⁴⁵ A los tales se recomienda, en el *Galateo cortesano* al revés que aparece en «El golfo cortesano», que miren lo que queda en el lienzo después de haberse sonado las narices, para que así «entienda el otro que se estima de nasudo y de sagaz que no son sentencias ni sutilezas lo que piensa, sino crasicies que distila del alambique de su nariz aguileña» (I, 11, pp. 336-337).

⁴⁶ Como en el poema de Quevedo en que se verifica «la sentencia vulgar que el medio mundo se rie del otro medio» (sentencia que recrea GRACIÁN en el *Oráculo Manual*, ed. cit., n.º 101, p. 157): «El narigudo oledor / que fue alquitara con ojos, / y se va, si no le tienen / a sayón su poco a poco; / a sombra de sus narices / se está riendo del romo» (*Poesía*, ed. cit., p. 846). GRACIÁN se refiere en varias ocasiones a esa risa oculta a la sombra de la nariz: «narices fisgonas (encubridoras de su irrisión)» (en I, 4, p. 152, donde anota ROMERA-NAVARRO la expresión latina análoga: *naso contemmere adunco*); «a su sombra [de la nariz] se suele disimular la más picante risa» (I, 9, p. 278).

⁴⁷ Como es sabido, el retrato del Arcipreste, además *alter ego* del «Nasón», se ajusta a la tradición fisiognómica y astrológica (Juan RUIZ, *Libro de buen amor*, ed. de A. BLECUA, Madrid, Cátedra, 1992, pp. XXXIII, 380-381 y notas correspondientes). Sobre la fisiognomía en la Edad Media, véase J. CARO, *op. cit.*, pp. 53-75; la fisiognomía pasó del mundo griego al árabe y de éste al cristiano, por lo que no es extraño que algunas colecciones sapienciales de origen árabe, como los *Bocados de Oro*, incluyan retratos asimilables a la fisiognomía (véase M.ª J. LACARRA y F. LÓPEZ ESTRADA, *Orígenes de la prosa*, Madrid, Júcar, 1993, p. 38).

—Yo no sé de qué, pues assí como ai hombres de gran corazón y de gran pecho, yo lo soy de grandes narizes.

—Toda gran trompa —dixo Critilo— siempre fue para mí señal de grande trampa.

—¿Y por qué no de sagacidad? —replicó él—. Pues advertí que con ésta os he de abrir camino: seguidme. (II, 9, 283)

En «El Saber reynando», cuando se separan Andrenio y Critilo y el primero sigue la senda de la simplicidad, mientras que Critilo va por el camino de la astucia, se halla este último entre los que llaman «reagudos, gente toda alerta, hombres de ensenadas, de reflexas y de segundas intenciones». Allí, su nuevo camarada y guía es «el Nariagudo», quien en su presentación condensa algunas de las virtudes del hombre discreto y prudente: «Fuéssese apegando luego un grande narigudo, digo nariagudo, no tanto para conducirle quanto para explorarle, y començó a tentarle el vado y querer sondearle el fondo con rara destreza; hombre, al fin, de atención y de intención» (III, 6, p. 179);⁴⁸ en este país que tanto admira Critilo, dudando si se halla en Venecia, en Córdoba o en Calatayud (lugares proverbiales por la astucia y agudeza de sus moradores), todos tienen una prominente nariz: «toparon un veja-zo y otro más. Aquí admiró las bravas tretas, las grandes sutilezas, jugando todos de arte mayor, que todos eran peliagudos y nariagudos, mañosos, sagaces y políticos» (III, 6, 184).

En esta misma crisis, de nuevo reunidos Andrenio y Critilo, tras sus andanzas por el país colombino de los simples y serpentina de los astutos, se encuentran con otro portentoso personaje que les servirá de guía, el Sesudo, todo él «hecho de sesos». No puede dejar de reparar Andrenio en la inconveniencia de tener una nariz hecha de sesos, pero la respuesta remite de nuevo a las anchas y grandes narices por las que se evapora el humo de la ira, y que ya hemos visto con anterioridad en la Alegoría de la Espera y en otros lugares:

—Narices de seso ¿quién tal inventó y para qué? —proseguía en su reparo Andrenio—. Los ojos ya podrían, para no mirar a tontas y a locas; pero en las narices ¿de qué puede servir el seso?

—¡O sí, y mucho!

—Pues ¿para qué?

—Para impedir que no se les suba el humo a las narices y lo tizne todo y abrase un mundo. (III, 6, 190-191)

Este mismo Sesudo les llevará a las oficinas donde se fabrica el seso y a las boticas donde se vende. Allí se forjan las grandes cabezas. Pero lo más dificultoso sigue siendo una nariz bien ajustada:

Aquí era donde se fundían los grandes caudales y se formaban las grandes testas, los varones de chapa, los hombres sustanciales. Y notó Andrenio que lo más dificultoso de ajustar eran las narices.

⁴⁸ Algunas correspondencias gracianas para el «sondear el fondo» y el hombre de «atención y de intención» en *El Héroe* (ed. de L. SANTA MARINA y Raquel ASUN, Barcelona, Planeta, 1984), primer I, «Que el héroe practique incomprehen-sibilidades de caudal»; en *El Discreto*, ed. cit., XIX, «Hombre juicioso y notante», pp. 309 y ss.; en el *Oráculo Manual*, ed. cit., n.º 13, 49, 94, 215.

—Hartas veces lo he reparado yo —decía Critilo—, que suele acertar la naturaleza las demás facciones: sacava unos buenos ojos, con ser de tanto artificio, una frente espaciosa y serena, una boca bien ajustada, pero en llegando a la nariz, se pierde y de ordinario la yerra.

—Es la facción de la prudencia éssa —ponderó el Cuerdo—, tablilla del mesón del alma, señuelo de la sagacidad y providencia. (III, 6, p. 200)

La razón de la dificultad de ajustar las narices es doble. Por un lado, la nariz es un rasgo facial determinante para la hermosura o la fealdad del rostro, como indican Porta y fray Luis de Granada.⁴⁹ Por otro, y mucho más importante para explicar la predilección de Gracián por las narices, es difícil ajustar la nariz porque ésta es la facción de la prudencia. La prudencia, según indicaba Cicerón en *De inventione*, es un hábito del entendimiento que permite discernir entre lo bueno y lo malo;⁵⁰ la nariz (y el olfato), según el propio Cicerón en *De natura Deorum* y como recuerdan anatomistas y fisiognomistas,⁵¹ tienen como función fundamental distinguir lo bueno de lo malo y hacerlo además desde lejos y sin peligro para el individuo.⁵²

Todos estos elementos relativos a la nariz reaparecen en la «Moral anatomía del hombre» (I, 9), en un amplio fragmento en el que se condensan todos los rasgos que hemos ido viendo dispersos en otros lugares y que finaliza precisamente con un juicio estrictamente fisiognómico. Veamos primero el fragmento para analizarlo después con mayor detalle:

—No parece —dixo Andrenio— tan útil el olfato quanto deleytable: más es para el gusto que para el provecho. Y siendo assí, ¿por qué ha de ocupar el tercer puesto tan a la vista y aventajándose a otros que son más importantes?

49 Dice G. B. DELLA PORTA que «il naso nella faccia è molto sensibile, perche questa sola parte fra tutte le restanti parti, basta a far l'huomo bello e brutto» (*op. cit.*, f. 53v), mientras que fray Luis: «Y para guarda deste sentido [el olfato] proveyó el Criador las narices, las cuales también sirven para hermosura del rostro, porque ¿qué parecería un hombre sin narices?» (*Introducción del símbolo de la fe*, ed. de J. M^a BATA ELLS, Barcelona, Bruguera, 1984, p. 278).

50 Véase a este respecto el cap. 2 de la introducción de A. FALDO a *El Discreto*, donde se describe con pormenor la historia de la virtud de la discreción y sus complejas relaciones con la prudencia, pp. 19-28.

51 CICERÓN, en el *De natura Deorum* (II, lvi, 140-141), citado por extenso por fray Luis DE GRANADA, indica: «Y no menos artificiosamente se puso este sentido [el olfato] junto a la boca, por ser mucha parte el olor de lo que se come y se bebe, para juzgar si es bueno o malo» (ed. cit. de la *Introducción del símbolo*, pp. 281-282). Juan SÁNCHEZ VAIDÉS DE LA PLATA señala que gracias a las narices «olemos todos los olores, y ponemos diferencia entre las cosas buenas y malas, y entre los olores buenos y malos, graves y suaves» (*Corónica y historia general del hombre*, Madrid, Luis Sánchez, 1598, f. 104r; este libro estaba en la biblioteca de los jesuitas en Huesca, ms. cit., p. 140). H. NICQUET, al hablar de los oficios de la nariz, indica: «Tertio, odorum inter notiones deseruit, quibus homo, unus ex omnibus animalibus maxime gaudet» (*op. cit.*, p. 206). PUJASOL también refiere que la nariz «es un instrumento por el qual olemos todos los olores, y ponemos diferencia entre las cosas buenas y no buenas, entre los olores buenos y malos, graves y suaves» (*op. cit.*, p. 42).

52 Como indica fray Juan DE PINEDA: «La razón de los primeros olores comunes a todos es que, como haya muchas cosas que gustadas sean mortales, tuvo necesidad todo animal, que por su industria procura su mantenimiento, de algún sentido que le hiciese la salva, y asegurase al gusto o le apartase de las gustar como a malas; y, por eso, hizo naturaleza al olor tan proporcionado con el sabor y al ofacto con el gusto, por que con su semejanza lo que pareciere al uno, parezca al otro; sino que el olfacto prueba de lejos y sin peligro, lo que el gusto de cerca y con peligro, y, en viendo el gusto al olfacto, su semejante, ofendido de la cosa, se guarda de la provar», *Diálogos familiares de la agricultura cristiana*, ed. del P. Juan MISECOUR FERNÁNDEZ, BAE, Madrid, Atlas, 1963, tomo II, p. 467.

—¡O sí! —replicó Artemia—, que es el sentido de la sagacidad, y aun por eso las narices crecen por toda la vida; coincide con el respirar, que es tan necesario como esso; discierne el buen olor del malo y percibe que la buena fama es el aliento del ánimo; daña mucho un ayre corrupto, inficiona las entrañas. Huele, pues, atenta sagacidad de una legua la fragancia o la hediondez de las costumbres, porque no se apeste el alma; y aun por eso está en lugar tan eminente. Es guía del ciego, gusto que le avisa del manjar gastado y haze salva en lo que ha de comer. Goza de la fragancia de las flores y recrea el cerebro con la suavidad que despiden las virtudes, las hazañas y las glorias. Conoce los varones principales y los nobles, no en el olor material del ámbar, sino en el de sus prendas y excelentes hechos, obligados a echar mejor olor de sí que los plebeyos.

—En gran manera anduvo próspera la naturaleza —dixo Andrenio— en dar a cada potencia dos empleos, uno más principal y otro menos, penetrando oficios para no multiplicar instrumentos. Desta suerte, formó con tal disposición las narices que pudiesen despedir por ellas con decencia las superfluidades de la cabeça.

—Esso es en los niños —dixo Critilo—, que en los ya varones más se purgan los excessos de las passiones del ánimo, y assí sale por ellas el viento de la vanidad, el desvanecimiento, que suele causar vaídos peligrosos y en algunos llega a trastornar el juicio. Desahógase también el corazón y evapóranse los humos de la fogosidad con mucha espera, y tal vez a su sombra se suele dissimular la más picante risa. Ayudan mucho a la proporción del rostro y por poco que se desmanden afean mucho. Son como el gñomon del relox del alma, que señalan el temple de la condición: las leoninas denotan el valor, las aguilieñas la generosidad, las prolongadas la mansedumbre, las sutiles la sabiduría y las gruesas la necesidad. (I, 9, pp. 277-278)

Pondera Artemia en primer lugar que la nariz es «sentido de la sagacidad», y ya hemos visto cómo en los narigudos predomina la astucia y el ingenio. Pero, además, se indica que por esa razón es un órgano imprescindible para el hombre, ya que la sagacidad es tan necesaria para la vida como el respirar, oficios que confluyen en la nariz. De ahí, se añade, que las narices crezcan toda la vida, como en efecto atestigua Correas⁵³ y comenta con algo más de detalle el P. Nieremberg, al contrastar la nariz de los niños con la de los adultos: el paso de la niñez a la madurez, de la inocencia y la ignorancia a la astucia y la capacidad para discurrir, tiene un correlato nasal, porque el cambio del cuerpo indica el cambio de la condición:

Son los niños ordinariamente más romos y redondos de rostro, no con aguda nariz, ni corvada, que es de más astucia, hasta que en la juventud se muda el temperamento calentándose; entonces ya tiene discurso y dexa de ser tan romo, declinando en agudo, luego en aquilino.⁵⁴

Luego desarrolla moralmente Gracián la capacidad olfativa de la nariz, aclarando de manera explícita la vinculación de la nariz con la prudencia. El olor bueno o malo que distingue la nariz, y que comunica al cerebro, puesto que ésta es una de las funciones de la nariz descritas por todos los anatomistas, no es el olor material, sino el olor que desprenden las costumbres morales del individuo: la fragancia de la buena fama o la hediondez de las malas costumbres que salen de las entrañas

⁵³ «La nariz i la frente, hasta la muerte siempre krece. La nariz i la boka, hasta la muerte se adoba», *op. cit.*, p. 184.

⁵⁴ J. E. NIEREMBERG, *op. cit.*, p. 317.

del individuo y que son indicio de lo que esconde su ánimo. La nariz discierne desde lejos («de una legua») y, por tanto, sin peligro, buenos y malos olores, es decir, buenas y malas costumbres, para admirarlas y deleitarse o para prevenirse y evitar que éstas apesten el alma, como un «aire corrupto» puede infectar nuestras entrañas, puesto que a tales aires insalubres se culpaba de la extensión y transmisión de las epidemias infecciosas. Incluso lo que no puede la vista lo suple el olfato; el ciego por el olor distingue los manjares podridos de los saludables. ¿Cuáles son los olores que recrean el cerebro con su fragancia? Virtudes, hazañas y glorias, en suma, prendas y excelentes hechos.⁵⁵ Éste es el olor que percibe y deleita al cerebro y a cuya fragancia están más obligados los nobles que los plebeyos, porque lo que les distingue de ellos no es el olor material del perfume (el ámbar), sino el que se desprende de sus virtudes y acciones, el olor a sudor y tinta que permite acceder a la Isla de la Inmortalidad. Sin una prudente y sagaz nariz difícil será discernir entre estos buenos y malos olores.

Continúa Andrenio recordando otro de los empleos que los anatomistas otorgan a la nariz, el servir para «que se pudiesen despedir por ellas con decencia las superfluidades de la cabeza».⁵⁶ Pero, como siempre, la lectura literal y material es insuficiente y Critilo puntualiza indicando que en los varones adultos lo que se purga por las narices son los excesos de las pasiones del alma. Pasiones vinculadas con la nariz a través del aire que éstas expelen, como la vanidad y el desvanecimiento,⁵⁷ o bien a través de la función fisiológica que se asigna al aire que entra por la nariz: la de refrigerar el órgano más caliente del cuerpo, el corazón, sede de la facultad irascible y cuyos humos se evaporan por la nariz, de nuevo ligándose a la virtud de la espera, como hemos visto en repetidas ocasiones. Sigue Critilo acumulando virtudes en la nariz e indica, una vez más, que a la sombra de una gran nariz se disimula la risa, y acaba con un fragmento estrictamente fisiognómico. La nariz, que antes era tablilla que anunciaba (al modo de los carteles anunciadores de mesones y tabernas) el mesón del alma, ahora, en otro concepto muy quevedesco (recuérdese el «reloj de sol mal encarado»), es el «gnomon» del alma; es decir, por su forma y función es la nariz en el cuerpo como la varilla en un reloj de sol: si ésta indica la hora del día, aquélla señala las inclinaciones del alma. A través de la nariz conocemos la inclinación, «el temple» de los individuos. Las equivalencias fisiognómicas son patentes: las que tienen semejanza con el león y el águila denotan un ánimo que comparte las principales características de estos animales que reinan en la tierra y

55 Es decir, los «hechos» que con su correlato de «dichos» son una de las claves interpretativas de la obra de Gracián. Sobre esta cuestión, véase por extenso la introducción de A. EGIDO a *El Discreto*, pp. 46 y ss.

56 Véase, por ejemplo, CICERÓN (*op. cit.*), SAN AMBROSIO en su *Hexamerón* (lib. VI, c. ix, en el apartado dedicado a «de naribus et odorato»), MONTANA DE MONSERRATE (*op. cit.*, f. XXXIIIr), fray LUIS DE GRANADA (*op. cit.*, p. 279).

57 Recuérdese que el camaleón, que se alimentaba de viento según Plinio, fue utilizado en la emblemática para referirse a los adúladores y ambiciosos (ALCIATO, *Emblemas*, edición de S. SEBASTIÁN y prólogo de A. EGIDO, Madrid, Akal, 1985, emblema I.III, pp. 88-89; HENKEL / S. HORN, *Emblemata*, J. B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, Stuttgart, 1967, cols. 664-666), y también los versos de GÓNGORA en las *Soledades* (ed. de R. JAMMIS, Madrid, Castalia, 1994, pp. 220-221) donde dice, elogiando la vida rústica: «No en tí la ambición mora / hidrópica de viento» (vv. 108-109).

en el aire;⁵⁸ las narices prolongadas indican mansedumbre, ya que permiten a los malos humores evaporarse convenientemente;⁵⁹ de la relación de las narices sutiles, y en particular aguileñas, con la sabiduría ya hemos visto otros ejemplos; por último, la nariz gruesa indica necedad en numerosos tratados fisiognómicos.⁶⁰

En esta «Moral anatomía del hombre» hay otros dos fragmentos que parcialmente pueden vincularse y explicarse con la fisiognomía. Ambos aparecen juntos y se refieren a los cabellos y a la frente. De los cabellos dice:

—Son rayces deste humano árbol —dixo Artemia—, arráyganle en el cielo y llévanle allá de un cabello; allí han de estar sus cuidados y de allá ha de recibir el sustancial sustento. Son librea de las edades por lo que tienen de adorno, variando con los colores los afectos. (I, 9, p. 269)

Es, como se ve, un apunte muy breve, pero puede cotejarse con otros fragmentos de *El Criticón* en los que se desarrolla esta cuestión. De la comparación del cuerpo humano con un árbol al revés y de sus cabellos con las raíces, apenas hay que mencionar más que su origen en el *Timeo* platónico (90ab) y su prolongada pervivencia a lo largo de los siglos.⁶¹ Indica después Gracián que el color del cabello se muda con las edades, pasando de rubio a negro y de negro a blanco, como corresponde a la progresiva sequedad y frialdad del hombre, según especifica el jesuita en otro lugar siguiendo la admitida explicación médica y humoral al respecto:

comiença por el rubio y purpurante en la aurora de la niñez [...] pero viste de crespo y de decencia la barba y el cabello en la edad varonil, señal de profundos pensamientos y de cuidados cuerdos; fenece con el blanco («La jaula de todos», II, 13, p. 361)

Pero en otras ocasiones Gracián ataca a los canos y a los calvos, en la línea de los tratados de fisiognomía y de la poesía burlesca, porque descubren por el pelo o por lo pelado su tendencia al vicio:

58 Véanse simplemente G. B. PORTA («Quei, c' hanno il naso rotondo, e nella cima rituzzato, sono magnanimi, e se referiscono a leoni», *op. cit.*, f. 59r; «naso adunco [...] che volgarmente si chiama aquilino [...] che veramente rappresenti un no só che di regale, perche l' aquila è regina delli uccelli, e però par che prometta, una magnificenza di un regal animo», f. 56v); H. NICQUET, *op. cit.*, pp. 207-208; PUJASOL, *op. cit.*, p. 47, si bien este último dice que «los que tienen la nariz aquilina son soberbios y rapazes, como son las águilas», apartándose de la interpretación tradicional; BONDÍA: «Nariz larga, al extremo corva, puntiaguda, que se dice aguileña, es señal de magnánimos, generosos y reales», art. cit., p. 151.

59 G. B. PORTA: «Naso mediocremente lungo, largo e aperto [...] Aristóteles [dice] Quel naso è eguale, il qual è mediocremente largo e lungo, e l' estremità sua con i forami non molto aperti, questo dimostra buoni costumi» (*op. cit.*, f. 55r); PUJASOL: «La nariz larga, y en los extremos sutil y puntiaguda, significa ser diligente», aunque añade «más provechoso para sí que para el próximo» (*op. cit.*, p. 44).

60 G. B. PORTA: «io giudi che il naso grosso e grande da poco sapere, che tal grossezza e grandezza di carne viene dalla grossezza de gli humor, e per consequenza da segno della grossezza del' intelletto» (*op. cit.*, f. 55v); PUJASOL: «Nariz gruesa, que es señal que el tal hombre es de obtuso, lerdo o grossero ingenio» (*op. cit.*, p. 47).

61 Al margen de la cita de Antonio PÉREZ mencionada por ROMERA-NAVARRO, véanse F. RICO, *op. cit.*, pp. 20, 81, 88, con ejemplos de Ramón Llull, don Juan Manuel, etc., el *Hexamerón* de SAN AMBROSIO (lib. VI, c. 9) y OLIVA SABUCO DE NANTES, *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre* (cito por la ed. de A. MARTÍNEZ TOMÉ, Madrid, Editora Nacional, 1981), quien habla de la figura del hombre recordando que «como el origen y nacimiento del ánima del hombre fue el cielo, quedóse así, y casi colgado de él, y tomó su principal asiento y silla en la cabeza y cerebro del hombre (como la raíz de las plantas quedó asida al revés en la tierra)» (p. 228), para desarrollar por extenso la cuestión en el siguiente capítulo: «por qué se dijo el hombre árbol al revés», pp. 230 y ss.

Al fin, si es que las necesidades le tienen, apareció ya la más rara figura, un monstruo por lo viejo decano. Descubría la cabeza toda pelada, sin cabellos de altos pensamientos, ni negros por lo profundo ni blancos por lo cuerdo, sin un pelo de sustancia. («Anfiteatro de monstruosidades», II, 9, 294)

Apelábase un calvo, y otro cano, a sus pocos años.

—Eso tiene el vivir aprisa —le respondieron—, que las tempranas mocedades ocasionan anticipadas vejezes; no hubiéradés sido tan mozos, y no estuviéradés tan viejos. («Honosres y horrosres de Vegecia», III, 1, 42)⁶²

Más interés tiene el fragmento de la «Moral anatomía» dedicado a la frente:

Es la frente cielo del ánimo, ya encapotado, ya sereno, plaza de los sentimientos: allí salen a la vergüenza los delitos, sobran las faltas y placéanse las passiones: en lo estirado la ira, en lo caydo la tristeza, en lo pálido el temor, en lo rojo la vergüenza, la doblez en las arrugas y la candidez en lo terso, la desvergüenza en lo liso y la capacidad en lo espacioso.

Ya he indicado con anterioridad que la frente es uno de los aspectos del rostro por el que sintieron mayor predilección los fisiognomistas, llegando a desarrollarse toda una ciencia adivinatoria, la metoposcopia, que analizaba las rayas de la frente, con frecuencia asociada a la astrología, de un modo bastante similar al utilizado por los quiromantes en las rayas de la mano. Ya hemos visto también algún ejemplo en que Gracián hablaba de frentes serenas y frentes borrascosas. La frente es, en primer lugar y ante todo, «plaza de los sentimientos»; allí salen a la vergüenza las pasiones porque, como indican todos los fisiognomistas partiendo de Aristóteles, la frente es sede de la vergüenza y por esta razón los antiguos le consagraron la frente. Veamos lo que dice G. B. della Porta, aunque en este caso es muy destacable la unanimidad de todos los fisiognomistas:

Chiama si fronte, come disse Varrone, dal forame de gli occhi, e porge molto giovanimento nel conoscere i costumi dell' animo. Plinio, ragionando della fronte, ne da segno di mestitia, e di allegrezza, clemenza e severità. La fronte fu anticamente sacrata alla vergogna, come ne mostra il volgar proverbio contro coloro, che hanno perduto ogni vergogna s' han fregata la fronte.⁶³

Desgrana posteriormente Gracián, al estilo de los fisiognomistas, un rasgo de la frente asociado a una determinada cualidad moral o pasión del ánimo. No obstante, hay que indicar que Gracián establece con bastante libertad una serie de correspon-

⁶² Para entender convenientemente estos textos, téngase en cuenta que el cabello negro denota «gran virtud en el cerebro» (PUJASOL, *op. cit.*, p. 10) y en particular «buena imaginativa y buen entendimiento» (HUARTE DE SAN JUAN, *Lixamen*, p. 367); BONDÍA indica que «el cabello templadamente negro y blando arguye ingenio» (art. cit., p. 147); mientras que el cabello prematuramente encanecido y, especialmente, la calvicie se vinculan con el vicio de la lujuria: «Los que en la mocedad son canos, suelen ser variables, osados y atrevidos, vanos y al acto venéreo muy inclinados» (J. CORTÉS, *op. cit.*, f. 11v); «Este efeto de encanecer, más de ordinario sucede y acontece en los viejos achacosos y enfermizos, y mucho más en los que hubieren sido muy carnales y viciosos» (PUJASOL, *op. cit.*, p. 9; véase también G. B. PORTA, *op. cit.*, ff. 142 y ss.). De los calvos mejor no hablar, porque dice BONDÍA de manera lapidaria que «los calvos por sí mismos están desacreditados» (art. cit., p. 147). Que no siempre el canoso es sabio ni viejo es refrán recogido por CORRIAS: «Onbre kano, ni viexo ni sabio. Ke no por las kanas se sigue ser viexo uno, ni sabio, porke muchos mozos ai kanos, i no todos los viexos son sabios» (p. 169).

⁶³ *Op. cit.*, ff. 42v-43r. Fragmentos muy similares, aunque con otras autoridades en ocasiones, en PUJASOL (*op. cit.*, p. 15), H. NICQUEL (*op. cit.*, p. 176), BONDÍA (art. cit., p. 148), en J. SÁNCHEZ VALDÉS DE LA PLATA (*op. cit.*, f. 103v), etc.

dencias que no se ajustan siempre con las equivalencias fisiognómicas, aunque sí coinciden parcialmente con ellas. Así, por ejemplo, los colores pálido y rojo, que se asocian con el temor y la vergüenza, respectivamente, no suelen describirse en los apartados dedicados a la frente, sino en los que analizan el color del rostro en su conjunto; en la frente caída, asociada a la tristeza, parece que Gracián se limita a la constatación de un reflejo físico que responde a un estado de ánimo pasajero; la frente arrugada, a la que Gracián asigna la doblez llevado por el juego de palabras de este último término, suele ser por el contrario entre los fisiognomistas signo de ánimo cogitativo y meditabundo. El resto de equivalencias sí que aparece en diversos tratados fisiognómicos.⁶⁴

Como puede verse, estos tres rasgos físicos que aparecen en la «Moral anatomía del hombre», en particular la nariz y la frente, necesitan de la fisiognomía para ser explicados correctamente, puesto que en ellos Gracián actúa como fisiognomista estableciendo muy claras y arbitrarias correspondencias entre rasgos físicos y cualidades morales. Sin embargo, al finalizar este trabajo tras el análisis de los textos, conviene matizar la importancia que debe otorgarse a la fisiognomía en la obra de Gracián. Simplemente se trata de un saber divulgado de la época que ayuda a comprender mejor algunos de sus textos. En este sentido, sería un error pretender limitar el análisis de la «Moral anatomía» al desciframiento de algunas equivalencias fisiognómicas, puesto que en esta crisis Gracián condensó y aquilató cuanto su erudición le permitió conocer acerca del cuerpo humano. En ella confluyen con ecos literales textos y tratados en los que se ensalzan y describen uno a uno los órganos del cuerpo humano: el *Timeo* platónico, el *De natura Deorum* ciceroniano, la tradición cristiana del *Hexameron* de san Ambrosio y sus prolongaciones medievales y renacentistas, los tratados médicos y anatómicos, los encomios humanistas al cuerpo humano insertados en los discursos y tratados de *dignitas hominis*, *La lengua* de Erasmo, etc. Así pues, la fisiognomía es un complemento más de la erudición graciana, una «ciencia» cuyo concurso es imprescindible, como he intentado demostrar, para comprender actitudes frente al cuerpo humano y las deformidades físicas que están muy alejadas de la sensibilidad contemporánea.

No creo que Gracián tuviese, ni mucho menos, una fe ciega en la fisiognomía, cuya arbitrariedad y carácter determinista parecen poco acordes con su personalidad, pero lo que parece indudable es que el jesuita, como cualquier hombre culto de su época, conocía la fisiognomía y la utilizó ocasionalmente en sus obras, general-

⁶⁴ Para la frente estirada, que denota la ira: «frons tensa, subtilis et levore splendicans, ingeniosum, iracundum notat» (H. NICQUET, *op. cit.*, p. 179; también «quibus rotunda seu sphærica frons, iracundi», p. 178); para la frente lisa, que denota la desvergüenza: «la frente llana y sin rugas, la qual significa ser el hombre contencioso, injurioso y de vil ánimo» (PUJASOL, *op. cit.*, p. 18; PORTA también indica que el hombre de frente lisa es «litigioso», *op. cit.*, f. 46v); «frons valde exporrecta sine rugis, hominem a curis remotum ostendit, cuiusmodi fuit Epicurus» (NICQUET, p. 179; lo mismo en PORTA, *op. cit.*, f. 46v); para la frente espaciosa que denota capacidad: «longa frons, id est, valde protensa ab aure ad aurem, indicat ingenii præstantiam, imaginationis vigorem» (NICQUET, p. 177); para la frente tersa que denota candidez, es decir, simpleza, es posible que Gracián se refiera a la frente carnosa, que, cuando es además excesivamente grande, denota la estupidez (NICQUET, p. 178; PUJASOL, p. 19); también J. CORIUS indica que la frente «llana, lisa y sin arrugas, les denota ser vanos, simples y cito credentes» (*op. cit.*, p. 12r).

mente por las posibilidades que ofrecía para desarrollar a su costa distintos conceptos ingeniosos, que por otra parte suelen contar con abundantes paralelos en la poesía burlesca y en el refranero, como hemos visto.⁶⁵

La «Moral anatomía del hombre» se inicia precisamente con una burla de los corcovados, tuertos, cojos y mancos (I, 9, pp. 266-267) muy semejante a la cita que encabeza este trabajo, donde se insiste de nuevo en que «en la material rectitud del cuerpo está simbolizada la del ánimo, con tal correspondencia, que al que le faltó por desgracia la primera sucede con mayor faltarle la segunda». Poco después Gracián, como tantos fisiognomistas que se guardaron las espaldas,⁶⁶ entona la palinodia: «Pero la razón, en los varones sabios, corrige todos estos pronósticos siniestros». Es decir, virtudes vencen señales, como en la comedia de Vélez de Guevara. El propio Gracián al hablar de la quiromancia, tan cercana a la fisiognomía, reconoce que, en el fondo, la suerte y el destino del hombre sí están en sus manos: «Ellas ponen en ejecución los aciertos del alma, encierran en sí la suerte de cada uno, no escrita en aquellas vulgares rayas, executada sí en sus obras» (I, 9, 281). Lo mismo dijo en verso Bartolomé Leonardo a su hermano:

Fabio, pensar que el Padre soberano
en esas rayas de la palma diestra
(que son arrugas de la piel) te muestra
los accidentes del discurso humano,
es beber con el vulgo el error vano
de la ignorancia, su común maestra:
bien te confieso que la suerte nuestra,
mala o buena, la puso en nuestra mano.

⁶⁵ Como es sabido, la poesía burlesca es dominio especialmente propicio para las burlas de los defectos físicos ajenos, como también ocurre en los vejámenes en los que se censuran los defectillos de los académicos. Debe tenerse en cuenta, en este sentido, la tradición, ampliamente difundida, de la práctica del motejar y de las caricaturas basadas en apodar a partir de determinados defectos físicos (véase M. CHEVALIER, *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 38-72, así como su edición, realizada junto a M^o Pilar CUARTERO, de la *Floresta española* de Melchor DE SANTA CRUZ, Barcelona, Crítica, 1997). Sin embargo, hay que tener presente que tanto en la poesía burlesca como en los apodos del defecto físico, hiperbólicamente realzado, suele ser motivo de hilaridad en sí mismo, mientras que lo que caracteriza a la fisiognomía no es la comicidad que provoca un rasgo físico, sino su asociación con una cualidad moral, tal y como hemos visto en GRACIÁN.

⁶⁶ Por ejemplo, PUJASOL, tras advertir de los que son de cuerpo desproporcionado o están señalados por algún defecto («Y si fuere en algún miembro a solas defectuoso, como en brazo, pierna, corcovado o otra cosa así, advierta que lo que le faltare en uno le sobrará en otro, y esto es lo que vulgarmente se dize *ab homine signato, liberanos domine*, que quiere dezir que del hombre que fuere señalado se ha de andar con gran cuidado y advertencia», *op. cit.*, p. 76), insiste en que tales pronósticos no son deterministas, en la doctrina del libre albedrío, para concluir que «estas señales no siempre anuncian los efectos y defetos *quamquam frequenter et probabiliter*» (p. 77) y seguir con el caso de Hipócrates, que, junto al de Sócrates, son los dos más citados como ejemplo de personas cuya virtud superó los pronósticos fisiognómicos (véase J. CARO, *op. cit.*, p. 26). La misma palinodia aparece con frecuencia en la obra de J. CORTÉS, quien, tras indicar que los bizcos (como Pandafilando) son «astutos, engañosos, invidiosos, indiscretos y avarientos; acostumbran ser mentirosos, iracundos y maliciosos», reconoce que «yo conozco algunas personas vizcas, pero en tratos y costumbres son buenas, virtuosas y muy verdaderas, porque con la discreción y prudencia remedian lo que los astros por la naturaleza les comunicaron (f. 13r; algo parecido en 22v). Recuérdense también, en este sentido, los textos que apunta M. CHEVALIER (en *Quevedo...*, pp. 59-60), nada menos que de QUEVEDO («los enanos, agigantados, contrahechos, calvos, corcovados, zambos y otros que tienen defectos corporales [...] fuera inhumanidad y mal uso de razón censurar ni vituperar») y de SUÁREZ DE FIGUEROA («No conviene ni es lícito menospreciar los que menos saben o pueden; antes se debe tener de ellos piedad y compasión [...] Es justo usar de este mismo término con los que descubren en sí alguna lesión natural, tales son los corcovados, tullidos, mudos, sordos y mancos»).